

## EL AMOR EN LOS TIEMPOS DE LA TROVA. PERFIL DE JORGE MILLONES

### LOVE IN TIME OF TROVA. PROFILE OF JORGE MILLONES

#### EDUARDO MALDONADO

Egresado de la Facultad  
de Ciencias y Artes de la  
Comunicación de la PUCP.  
Periodista. Redactor de  
noticias en el Grupo RPP.  
Trabajador de la radio.  
Activista político.



## CRÓNICA

“Siempre supimos que ninguno de nosotros la iba a hacer”, dice Jorge mirando al horizonte, sin dejar que sus ojos se crucen con nada para poder ver el pasado corriendo frente a él. Es eso, o solo mira directo a la sala de su casa para cerciorarse de que todo ande bien por allá. Su silla está ubicada en un lugar estratégico. Desde su posición privilegiada, como si se tratara de un panóptico casero, tiene una visión completa de todos los ambientes. Si ladea un poco la cabeza, puede ver el televisor de la sala, más a la izquierda la entrada a la cocina, luego la puerta. Él mismo escogió el lugar, aplicando todo lo aprendido en la escuela de comandos y en las tantas luchas callejeras que emprendió durante la dictadura fujimorista.

Ese pequeño rincón en el piso siete de un edificio sin personalidad en Jesús María es el centro de labores de Jorge Millones, el trovador. Una habitación de tres por tres, que luce aun más reducida debido a los cientos de libros que tapizan la pared, es su estudio de grabación, su espacio de inspiración, su sala de reuniones, pero, sobre todo, el lugar desde el que domina la casa. Porque Jorge, además de trovador, es amo de casa.

Él hace las compras, prepara el desayuno, envía a su hijo mayor a la universidad y a la menor al nido. Después de una corta jornada de trabajo en el estudio, busca a Micaela en el kínder y la lleva a casa para almorzar. Revisa los cuadernos y, mientras ella hace la siesta, ordena la casa para luego ayudarla con las tareas. Por la tarde vuelve al estudio y espera a que Verónika llegue de sus largas jornadas en el Congreso, la recibe con un beso y conversan de su día mientras ella cena. “Yo sostengo esta casa”, dice Jorge. Baja la mirada tímidamente, pero la levanta pronto y deja ver su sonrisa bajo el gorro verde militar estilo Fidel que lleva puesto. “Sin mí no tendrían candidata”.

Jorge despertó la curiosidad de muchos en abril del 2015. Por casi una semana no hubo medio de comunicación masivo en Lima que no hablara del “marido trovador de la Mendoza”, el “brichero”, como lo llamó Miguel Santillana, un desaparecido panelista defensor de las inversiones mineras que acusaba a Jorge y a otros militantes de Tierra y Libertad de estar a punto de traerse abajo el modelo económico peruano, algo que él y sus compañeros solo tenían en cuenta en sus más osadas fantasías.

El país entero debió quedar sorprendido al descubrir que ese mítico cusqueño al que seguro imaginaron con piel cobriza, cabello largo y manos fuertes para tomar del cuello al modelo de Fujimori, era en verdad un frágil y blanco cuarentón de los Barrios Altos que no supera el metro setenta, tiene manos finas, cuerpo rechoncho y pasa gran parte de su día sentado en el rincón de un departamento limeño, preocupado por sus letras de trova y las verduras que faltan para el almuerzo.

Jorge Millones nació en Lima en el año 1972. Su vida, disciplinada por la presencia de un padre policía, sufrió un profundo giro al cumplir los 12 años, cuando sus padres decidieron terminar con su matrimonio, que empezó cuando ambos eran muy jóvenes. “En aquellos años el romance era determinante en la toma de decisiones. Ahora ya no lo es tanto”, dice, como previendo la llegada de una pregunta sobre su relación con Verónika Mendoza, su pareja hace seis años, con quien no lo une ningún contrato legal.

Desde que su padre dejó la casa, Jorge vivió inmerso en un matriarcado que parece persistir hasta ahora. Desde ese lejano otoño del 84, son las mujeres

quienes se han turnado la influencia en su vida. Cada una de sus decisiones, cada cambio, lleva la firma de una mujer. Él parece disfrutarlo.

### ISABEL

*Corazón, corazón oscuro  
corazón, corazón con muros  
corazón que se esconde  
corazón que está donde el corazón  
corazón en fuga  
herido de dudas de amor*

VIPOL fue uno de los barrios más golpeados por la violencia terrorista en la capital peruana. Durante la segunda mitad de los ochenta, casi todos en aquella urbanización, habitada por familias de policías, tenían alguien a quien llorar: un hijo, un hermano, un padre muertos en los constantes atentados de Sendero Luminoso en Lima. Los vecinos adoptaron conductas solidarias, pero también terriblemente intolerantes, quizá como una forma de defensa o producto del resentimiento frente a la subversión y todo lo que viniese de fuera.

Allí vivía el pequeño Jorge junto a su hermana menor y a Isabel, su madre. Ella se hizo cargo de sus dos hijos tras un sonado divorcio. A Isabel le tocó abrir caminos donde no los había, como una pionera. No se amilanó. Comprendió la importancia de hacerlo. Fue la primera mujer de su familia en usar minifalda y, como para no perder la costumbre, se convirtió también en la primera mujer de su familia y de VIPOL en divorciarse, haciendo frente a las críticas.

Pero los emprendimientos innovadores de Isabel llegaron a límites inesperados cuando, ante la necesidad de mantener a sus dos hijos, decidió abrir un salón de belleza en el barrio. No era un salón de belleza más, de esos que habían florecido en VIPOL para marchitarse poco después. Isabel estaba empeñada en que el proyecto sea exitoso, aunque eso implicara embestir los prejuicios de sus vecinos.

En pocos días, VIPOL fue llenándose de visitantes peculiares. Jóvenes afeminados, con ropas ajustadas y risas escandalosas llegaban muy temprano chocando

palmas y meneando las caderas al local de Isabel. Abrían las puertas y esperaban a las clientas, que poco a poco fueron llenando el lugar atraídas por el desenfado y las buenas manos de los estilistas homosexuales. Todo iba bien, hasta que los chismes y los prejuicios empezaron a extenderse como un virus que contamina la buena fe de la gente. Isabel ya sabía de esas luchas, así que se preparó para la batalla. Ella estaba lista, pero no su hijo.

Jorge era un adolescente lleno de preguntas y conflictos en un lugar donde la seguridad y la obediencia estaban primero. Ya tenía complicada su inserción social, como para tener ahora que enfrentar los insultos homofóbicos por vivir en una casa atestada de maricones. Los odiaba por eso. Odiaba sus excesos, sus risas escandalosas. Odiaba tener que limpiar las heces que los vecinos dejaban en la puerta del local en señal de repudio. Odiaba quererlos, a pesar de todo. Odiaba que se hubiesen convertido en parte de su familia y que sus problemas le dolieran también a él, como si se tratara de hermanos, aunque eso no lo decía en público, claro.

Para ser aceptado, Jorge renunció a hacer críticas. Como otros compañeros del colegio policial, se inscribió en los cursos de entrenamiento en lucha antisubversiva. Repetía —como buscando creerlos— los prejuicios contra la izquierda, el repudio hacia sus voceros y su expansión en las universidades. Retrasó su ingreso a la universidad y pasó años llevando cursos de pintura en el Museo de Arte de Lima y en la Escuela Nacional de Artes Gráficas, para huir de un extraño sentimiento que lo atraía a San Marcos.

Ese vacío que sentía a veces, ese deseo de pertenencia, concluyeron en cuanto pisó la universidad, esa a la que tanto había evitado.

## ANA

*Una mujer se ha perdido  
conocer el delirio y el polvo,  
se ha perdido esta bella locura,  
su breve cintura debajo de mí.  
Se ha perdido mi forma de amar,  
se ha perdido mi huella en su mar.*

Los 22 años de Jorge fueron casi tan cruciales como los 12. Diez años después de que una mujer se convirtiera en el eje de su vida, otra llegó para darle, de nuevo, vuelta a casi todo.

“Yo era un facho hasta los 22”, dice él, aunque sin precisar por qué. Incluso desde aquellos años en los salones con techos altísimos del Museo de Arte, Jorge volvió a darse tiempo para las preguntas que había eliminado de su mente a la fuerza con el afán de ser un chico más en VIPOL. Tras un breve paso por la Universidad Ricardo Palma, se rindió a la atracción creciente por el pensamiento de izquierda y decidió abandonar la carrera de Psicología para estudiar Filosofía en San Marcos, una universidad intervenida por el Ejército donde la actividad política estaba prohibida. “Yo estaba acostumbrando a que mis profesores caminaran por el colegio armados, así que no fue muy difícil”, dice de aquellos años convulsos.

Tenía el rostro delgado y facciones delicadas. Mirada decidida y cabello crespo sobre los hombros. En la posición política de Jorge influyeron mucho los debates en las clases, las conversaciones con amigos y los foros clandestinos, pero nada influyó tanto como ella, Ana Cecilia, la cusqueña de ojos café y voz firme, la de los debates encendidos y ademanes apasionados. Ana Cecilia, una muchacha de solo 17 años que en cada intervención parecía poseída por una guerrillera experimentada.

Jorge y Ana eran parte de un reducido pero importante grupo de izquierdistas críticos, representantes de una tercera línea de pensamiento en la fragmentada y derrotada izquierda limeña. La primera línea —que podría considerarse la más ciega— eran los militantes remanentes de grupos subversivos que aún soñaban con dar vuelta a la derrota y esperaban que alguna potencia comunista tomara el Perú para hacer aquí una revolución. La segunda era la izquierda clásica, los restos de la antigua IU que vegetaban a la espera de algún incentivo electoral que los llevara a una nueva y humillante derrota. Ellos venían después, detrás, casi invisibilizados y con prácticas y reivindicaciones extrañas para el resto. Al verlos caminar por San Marcos así, como un grupo de locos intelectuales, nadie hubiese creído que serían ellos los que, veinte años después, harían renacer de las cenizas a la izquierda chola, logrando la bancada más grande de toda su

historia. Jorge y Ana estaban allí, en ese mismo grupo de locos, enredados en la lucha y en el amor, en las marchas y en la cama.

Poco tiempo después, Ana y Jorge comenzaron a vivir juntos. El pequeño departamento miraflorentino que compartían con el hermano mayor de ella, vio pasar los primeros días de su hijo, un bebé que heredó los ojos tímidos de él y el color de piel de ella. Allí discurrieron los mejores días de ese proyecto familiar, fruto de un arrebato romántico, esos que ahora Jorge dice presenciar con mucha menos frecuencia. Eran una familia humilde y feliz, el sueño de todo izquierdista. Pero ellos nunca habían sido una típica pareja romántica, y la dictadura se los recordaría pronto.

Una noche, mientras el bebé dormía y ellos recibían la visita de dos compañeros colombianos de paso por Lima, el sonido inconfundible de una moto cruzando la calle les llamó la atención. Segundos después, una nube de pólvora invadía la habitación. Los vidrios de la ventana yacían en pedacitos sobre el piso y los restos de un cartucho rojo aún flotaban en el aire. Era la última de las advertencias para la aguerrida pareja que, dejando al bebé encargado en casa, salía a tomar las calles del Centro de Lima mostrando su rechazo a la dictadura de Alberto Fujimori. Antes, habían subido a los buses para susurrarles lo que les harían si algún día los detenían, al punto de provocarles náuseas. La represión y el miedo terminaron con el sueño y los obligaron a emprender la huida.

La meta era llegar a Argentina, pero como ocurre con muchos viajeros, el Cusco los retuvo más tiempo del esperado. Allí, en la casa de la madre de Ana, en la ciudad donde el pasado y el presente del Perú parecen unidos bajo un extraordinario cielo azul, Jorge sintió calma. Allí decidieron asentarse, aprovechando que los operativos de represión aún no llegaban a la antigua capital del Imperio Inca. Pero, antes de lo previsto, la realidad desinfló el romance.

Caída la dictadura, la izquierda trataba de levantar cabeza. Toledo se perfilaba como el candidato mejor posicionado para las elecciones presidenciales. Si bien los colectivos progresistas habían apoyado la Marcha de los 4 Suyos que aquel encabezó, ese respaldo significó más un rechazo al fujimorismo que un espaldarazo a su liderazgo. La izquierda no quería que, tras liberar al país del

neoliberalismo, la salida fuese dárselo en bandeja a un neoliberal más democrático, pero neoliberal a fin de cuentas. Por eso, debatió infructuosamente una unidad programática con miras a una candidatura unificada. El Movimiento Raíz, una izquierda crítica que levantaba nuevas banderas producto de los movimientos sociales y al que pertenecían Jorge y Ana, conversó con el PDD (movimiento liderado por Javier Diez Canseco) y el PDS (colectivo encabezado por Susana Villarán), pero los esfuerzos de unidad fueron en vano. “Nosotros ya estábamos en otra onda”, dice Jorge, burlándose del esquema aún muy conservador y acartonado de la izquierda vieja, llena de añoranzas por Izquierda Unida.

Siempre fueron una izquierda no tradicional. Demasiado intelectuales para ser considerados luchadores de calle, pero demasiado pegados a la calle para ser considerados solo intelectuales de izquierda. Sus reuniones eran muy autocríticas, algo poco usual en la izquierda. Dinámicas para eliminar prejuicios y cuestionar imposiciones, obligaban a cada compañero a señalar el lenguaje inapropiado que pudiese surgir en el debate. Un colectivo bastante avanzado en la crítica política, pero aún alejado de las mayorías, de la masa electoral peruana, que difícilmente los tomaba en cuenta.

Esa desconexión con el resto del mundo se hizo visible una tarde en Tambo Grande. En esa ciudad piurana, cientos de compañeros se reunieron en un encuentro sobre minería. En la presentación final, se dispuso una mesa larga de oradores frente a los cientos de comuneros que habían acudido al evento. Junto a los demás voceros estaba Paul Flores, joven fundador del movimiento ContraNaturas, dedicado a la temática LGTBI. Paul, que había colaborado en la organización del evento económica e intelectualmente, no encontró silla para él. ¿La razón? Los dirigentes locales no querían que un maricón se dirija al público.

Si hubo un hombre que logró colarse en la red de influjos en la vida de Jorge, fue Paul Flores. Paradójicamente, se trata de un hombre que cuestiona su propia sexualidad. Paul fue el gran consejero de Jorge en la reconciliación con los fantasmas de su pasado, le hizo exteriorizar el afecto que sentía por aquellos estilistas de su casa, discriminados por el barrio y negados por él. Paul le ayudó a entender que, como los campesinos y los explotados, los homosexuales también

eran víctimas del mismo sistema. Jorge y sus compañeros sintieron que la ofensa a Paul era personal.

Entonces, una mujer joven se abrió paso entre la multitud. Caminó, decidida, directo a la mesa de los ponentes, cargando una silla bajo el brazo. Al no encontrar espacio donde colocarla, la puso en uno de los extremos, obligando al resto a correrse un poco. Entonces, con voz firme y ojos rabiosos, llamó a Paul a sentarse, ante la mirada atónita de todo el auditorio y los vítores de sus compañeros de Raíz. Sí, el maricón iba a sentarse y tendría la osadía de hablar. “Cuando lo hizo, fue magistral. Dio el mejor discurso que yo haya escuchado en mucho tiempo”, dice Jorge con los ojos húmedos. Paul murió el año pasado víctima del SIDA, a pocas semanas de las elecciones que posicionaron a Verónica Mendoza y a su izquierda como la segunda fuerza con mayor representación en el Congreso.

La mujer blanca, espigada y de cabello castaño que llevó esa silla, llamó la atención de Jorge. La conocía de mucho tiempo atrás, pero nunca le prestó mayor atención hasta ese día. Siempre la consideró una de esas estudiantes de la PUCP que organizaban a su gente para las marchas y trataban de protegerla de la represión y de la plebe de otras universidades. Hasta ese día, así la veía él. Esa mujer era Marisa Glave, electa congresista del Frente Amplio por Lima.

Marisa fue una mujer muy cercana a Jorge. Compañera de ideales y luchas. Una noche en el 2006, durante una cena, Marisa anunció que tenía una noticia que dar. Luego de una explicación bastante racional sobre la necesidad de pasar de las luchas en la calle a tener presencia política en las instituciones, le dijo que había decidido postular a una regiduría en Lima con la lista del Nacionalismo. A Jorge no le cayó nada bien la noticia. El movimiento Raíz, al que ambos pertenecían, se caracterizó siempre por promover los liderazgos femeninos como una afirmación de principios. No le molestaba que ella fuera protagonista, le incomodaba la forma.

Aquel año, Marisa fue electa como la única regidora nacionalista en la Municipalidad de Lima. Ya adentro, emprendió un camino por su cuenta y logró destacar, consiguiendo su reelección en el 2010 con Susana Villarán. Jorge, en cambio, le cerró las puertas a la política. Por alguna razón, había quedado decepcionado.



Ahora lo dice con mucha más tranquilidad, incluso cuestionando aquello que pensó en el 2006. Quizá la madurez, los años, lo ayudaron a entender mejor los contextos y las decisiones que la gente toma. No quedó mucho tiempo para pensar, antes de que de la vida lo llevara rápidamente por otro camino.

Jorge decidió dedicarse a la cultura. Esa siempre había sido su motivación. La política, hasta el momento, solo le había traído profundas decepciones. No iba a renunciar a sus principios ni ideales, pero sí dejaría de ser un agente político en la lucha por conseguir el poder. Había estudiado Antropología en el Cusco y trabajó para muchas instituciones de la región.

Jorge dormía tras una presentación la noche anterior, cuando de pronto sonó el teléfono. Él atendió. Hubiera querido no hacerlo para no escuchar nunca esa noticia. En Cusco, Ana estaba internada en un hospital, sumergida en un profundo coma. Sin pensarlo mucho, tomó el primer vuelo que pudo conseguir. En el camino lo asaltaban cientos de preguntas. ¿Cómo era posible? Horas antes habían conversado sobre una investigación que trabajaban en conjunto. ¿Sería el estrés? ¿Tendría él algo que ver? ¿Tendría que dedicar su vida a cuidarla? Porque lo haría con gusto.

Jorge estuvo todos los días al lado de Ana. En la mañana atendía a su hijo, que necesitaba más apoyo que nunca. Al terminar, iba donde Ana para tocar su mano inmóvil por horas, esperando el momento que abriera los ojos, pero eso nunca pasó. Al cabo de siete días, el accidente cerebro vascular que afectó a Ana mientras dormía, le quitó la vida. Con Ana, la mitad de Jorge también murió.

Tras varios días, cuando se hacía inminente la necesidad de llevarse a su hijo a Lima con él, doña Antonieta, la madre de Ana, lo tomó fuerte de las manos. Ella, el pilar de esa familia que lo había acogido como un hijo en Cusco, le pidió que no se vaya. Tenía razón. Se necesitaban para superar esta partida juntos.

#### VERÓNICA

*Estoy buscando melodía*

*Para tener cómo llamarte.*

*¿Quién fuera ruiseñor?*

*¿Quién fuera Lennon y McCartney,*

*Sindo Garay, Violeta, Chico Buarque?*  
 ¿Quién fuera tu trovador?

Era el momento más importante de la campaña presidencial. Todas las encuestas mostraban un ligero incremento en la intención de voto por Verónica Mendoza, que por fin lograba escapar del 2% en el que se encontraba estancada hacía varias semanas. El comando nacional planificó un mitin, el primero masivo a nivel nacional. De aquella demostración de fuerza dependería el ascenso de Verónica o su desaparición de las encuestas como una opción competitiva. El lugar elegido fue el distrito de Villa María del Triunfo, al sur de Lima. La idea era llenar la intersección de cuatro avenidas con diez mil personas. Una apuesta osada, tomando en cuenta la reducida preferencia por la candidata del Frente Amplio.

Esa mañana, Jorge pensaba sentado en la silla de su estudio. Verónica Mendoza, su Vero, la madre de su segunda hija, era candidata a la presidencia del Perú. Había ganado las elecciones primarias con pocas expectativas, pero grandes esperanzas. Vero había logrado todo lo que se había propuesto, y eso le preocupaba. Había decidido que su rol en aquella aventura sería el que siempre había tenido. Sería ese asesor emocional y político, su soporte oculto en casa. Nada más que eso. Pero ¿no era esta la aventura más grande que ambos habían emprendido? ¿No era necesario algo más esta vez?

Tomó un papel escrito hasta la mitad y, antes de recoger a Micaela del nido, terminó algo que había empezado hace unos días, cuando invadido por la emoción se dispuso a componer una canción para Vero, la mujer de caderas anchas, mejillas rosadas y cabello oscuro que le robó el corazón desde aquella vez que la vio marchando en las calles del Cusco, junto a mujeres campesinas que ella organizaba. Su Vero quería enamorar ahora al Perú y él debía ayudarla.

Verónica tiene nombre de Apu y para Jorge era casi un ser mitológico. La leyenda era alimentada por dos pequeñas alumnas suyas en un colegio cusqueño donde él era profesor. Las hermanas de Verónica, notando la orientación zurda del maestro, se acercaban a él después de clases a hablarle de su guapa hermana, la muchacha cusqueña que había viajado a París para estudiar.

Ella lo había visto un par de veces tras su regreso, pero no le había hablado por timidez. Sus hermanas también le habían dado referencias muy precisas. Fue en el 2010, durante una marcha por las calles del Cusco, que se presentaron formalmente. Verónika avanzaba justo detrás de él, junto al “Comité de Mujeres del Cusco”, organización que había dejado fuera de juego al oxidado y aristocrático “Comité de damas” al incluir campesinas y comerciantes de toda la ciudad. Jorge hablaba por teléfono y, al hacerlo, se presentó a su interlocutor. Fue la excusa perfecta para que Vero se pusiera a su lado y lo saludara cuando guardó el celular en el bolsillo. Desde entonces iniciaron una bonita amistad, llena de encuentros en mercados alternativos del Cusco y talleres para los campesinos de la provincia. Así nació el amor.

El Partido Nacionalista, al que Verónika pertenecía desde su estadía en Francia, la había propuesto a muchos cargos de representación, pero ella supo siempre decir que no. Tiene un excelente olfato político y sabe aprovechar las coyunturas y analizar sus respaldos. Jorge, por su lado, había dejado la política. Se había convertido en un activista social, en un promotor del comercio alternativo. Un maestro y un trovador que se presentaba en las noches del fin de semana en el bar Oveja Negra del centro del Cusco. Cada uno en lo suyo, hasta que los cruzó el amor.

Una noche, luego de cenar, Verónika lo tomó de la mano. Sabía exactamente qué le iba a decir. Lo veía venir desde hacía varias semanas. Esas reuniones prolongadas, esos llamados de la cúpula del partido. “Vas a postular, ¿no?”, le preguntó, temiendo la respuesta afirmativa que llegó después. Con desgano, como viendo repetirse la historia, Jorge le pidió terminar la relación. Ya no creía en esa política. Tenía un hijo y un trabajo. No estaba dispuesto a dejarlos e irse con Verónika a Lima. No podía.

La mañana siguiente, con la relación ya rota y el corazón todavía doliendo, conversó del tema con Antonieta durante el desayuno. La reacción de ella lo sorprendió. “Es una buena chica. Quizá deberías replantearte las cosas esta vez”, le dijo mientras sorbía el mate de coca. Jorge no podía creer lo que estaba escuchando: ¿Era la misma Antonieta? ¿La misma que hace unos años le había pedido que se quede? “Si me voy, me llevo a mi hijo”, le dijo él, como tratando

de hacerla reaccionar. “Hazlo. Él está listo”, respondió ella sin pena, mirándolo muy tranquila a los ojos. Fue como si el universo se hubiese alineado de pronto, haciendo que los problemas que antes parecían imposibles de resolver, desaparecieran. Llamó a Verónika y, sin dejarla hablar, le dijo: “Si vamos a hacer esto, hay que meternos con todo”.

Verónika siempre logró todo lo que se propuso. Quiso ser congresista por Cusco, y entró al Congreso como la más votada de su región. Ahora quiere ser presidenta, y Jorge estará nuevamente con ella, para asegurarse de que lo logre. Desde un rincón del escenario, la ve con su blusita roja hablando a la multitud. Más de quince mil personas la observan y gritan su nombre. Detienen su discurso para que él entre y, tras tomar el micro, canta el tema que compuso, titulado “Creo en ti”, mientras Vero disimula una lágrima secándose el rostro. Nadie cree en Vero más que Jorge. Su proyecto es el suyo también, aunque a él le ha tocado un rol no protagónico.

“Esta decisión la tomamos los dos”, me dice, envolviendo con la mirada toda la casa. “Yo ya no podría trabajar en el Estado por ella. Fue una renuncia enorme. Si busco chamba en una institución, van a decir ‘Verónika está negociando’”. No tiene una reacción específica para quienes lo consideran un mantenido. “Depende de quién lo diga. Si lo dicen desde la derecha, me da risa. Si lo dicen desde la izquierda, me daría pena. Sería triste que, luego de tantos años, no logren entender qué es un trovador y que no hay un rol natural para la mujer”.

“Soy como cualquier otro trabajador, solo que cuento historias y narro procesos políticos con la música. Soy productor de mis discos y de otros artistas y hago música para publicidad, pero también soy trovador y el trovador tiene una opción política. No importa si no hay tanta plata, mientras viva tranquilo conmigo y duerma bien porque no he traicionado a nadie. Los que dicen que Verónika me mantiene, no saben cómo vivimos aquí adentro. Yo gano dinero por mi cuenta, pero eso no tengo por qué explicarlo a todo el mundo. Uno es lo que hace, no lo que dice de sí mismo”, asevera.

Jorge se pone de pie. Ya son las doce y media y debe ir por Micaela al nido. Deja por primera vez su silla en la esquina y, tras cerrar la puerta, me vuelve

a decir, mirando de frente al horizonte: “Siempre supimos que ninguno de nosotros la iba a hacer. No había condiciones. Nosotros somos la generación bisagra. Preparamos el camino. Somos el puente sobre el que cruzarán otros”, como si se tratara de una oración a la que recurre cada vez que lo invade el cansancio.

Lo cierto es que, desde aquel mitin al sur de Lima, esa bisagra ha dejado de ser invisible. Aunque a Jorge le cueste aceptarlo, el trovador se hace cada día más conocido. Es como si, desde aquella noche que subió al escenario, algo hubiese cambiado. Como si la presencia de su madre y Antonieta entre el público, de Marisa, de Álvaro (hermano de Ana y jefe de campaña del Frente Amplio) y de Vero en el escenario hubiese terminado por unir las piezas de un código femenino perfecto que lo lleve a ser, él mismo, el pilar de su historia.